

Balmaseda Maestu, Enrique (1996) La poesía de Carlos Sahagún
Universidad de La Rioja. Servicio de Publicaciones
ISBN 84-88713-34-7

PRÓLOGO

La relación de una tesis de doctorado con su director es un fenómeno complejo pero del que quizá merece la pena decir algo cuando, como es el presente caso, quien fue director prologa hoy un trabajo que pasó en su día con toda brillantez el trámite de lectura y calificación ante un tribunal. Hablamos, por supuesto, de las tesis que no son meros actos administrativos o escalones en la cucaña de los méritos académicos sino profesiones generosas de fe y de entusiasmo. Y, si se me permite decirlo, quisiera hablar de direcciones que son algo más que ejercicios de vanidad por cuenta ajena o ritualizaciones del poder impunemente ejercido sobre las espaldas sufridas del pupilo. Al menos, no se halla esta tesis en el primero de los casos como reparará el lector... Una tesis doctoral es, antes que nada, la obra personal de quien figura como su autor, la primera victoria que obtiene sobre su propio temor y el primer gran paso de una futura trayectoria profesional. Pero una tesis doctoral también es parte -o debiera serlo- de la biografía intelectual de quien la dirige: en la previa delimitación del trabajo que se aborda, en las coincidencias y en las discrepancias con su autor legítimo, en las peleas con la bibliografía antecedente, todo deja en el director la sensación de haber asistido a una pelea propia aunque compruebe que otro la ha vencido con exclusivo merecimiento.

Posiblemente esto resulta más imperativo cuando se ha elegido el tema por amor de una cierta pasión personal y no solamente porque anduviera vacante o en ocupación interina. De modo inevitable, escoger la poesía de Carlos Sahagún como tema doctoral significaba algo muy distinto para Enrique Balmaseda Maestu y para quien esto escribe. Para mí, la lectura de Sahagún es inseparable de la vivencia del franquismo, de las primeras lecturas devoradas al

margen de lo escolar y estatuido, si he de dejar aparte -y ya es dejar...- el muy posterior encuentro personal con el autor, el recuerdo de alguna partida de dominó (nunca me ha gustado jugar con sus fichas tanto como a José Batlló y a Carlos Sahagún) y de alguna larguísima conversación en la Barcelona de 1973-1975, años tan inolvidables, tan siniestros... Para Balmaseda esta elección ha sido, sin embargo, la opción intelectual y estética de un estudiante curioso y aventajado, muy fino lector de poesía... a quien su director lleva una veintena de años. Por eso, lo más admirable -y lo que justifica estas líneas- es ver cómo la alianza de rigor y de sensibilidad ha engendrado la imprescindible empatía moral con la obra de Sahagún que garantiza los resultados alcanzados, con más seguridad de lo que hubiera hecho la suma insuficiente del entusiasmo y la coetaneidad.

Carlos Sahagún no ha tenido demasiada fortuna bibliográfica hasta la fecha. No goza tampoco de la fama de otros compañeros de promoción, aunque haya salido mejor parado que su amigo Eladio Cabañero, por ejemplo. No se le tributa el culto disciplinar que despierta José Ángel Valente, ni suscita la simpatía abierta que disfrutaban Ángel González (salvo en la Real Academia...) y Francisco Brines, ni ha visto temprano reconocimiento institucional como Claudio Rodríguez, ni -para su bien, en este caso- su obra y su recuerdo son objeto de las liturgias cursilonas que amenazan menoscabar la clara memoria de Jaime Gil de Biedma. Y, sin embargo, a despecho de las intermitencias temporales de su producción y de su nula afición a figurar en los escalafones líricos, Sahagún es un hondo e importante poeta mayor, propietario de un mundo literario en el que son claves el recuerdo de su infancia y la lealtad a la conciencia de la libertad colectiva y en el que la metáfora -como vió muy bien Andrew Debicki y ahora demuestra Balmaseda- resulta un instrumento poético excepcional certero.

En 1958 vio la luz su primer libro, *Profecías del agua*, y de esa aparición siempre me ha sorprendido una feliz coincidencia: con él Sahagún obtuvo el premio Adonais a los diecinueve años de edad, justo la misma que tenía Claudio Rodríguez cuando alcanzó el mismo galardón, cuatro años antes, con *Don de la ebriedad*. Por supuesto, el parangón no se agota en la cronología. Rodríguez escribió -o mejor, habló- de un mundo interior rumoroso, visionario, vasto como la esperanza y como una experiencia mística sin Dios que la sustente, en el que se rescataba para la tradición española lo mejor de Arthur Rimbaud. En *Los complementarios*, por cierto, Antonio Machado había transcrito literalmente "Le bate-au ivre" y anotado al final "la poesía occidental tiene en Rimbaud su extrema expresión dinámica": ¡qué error creer que aquellos versos no eran sino lírica sensorial, por culpa de su prevención radical contra el simbolismo! Y de ese malentendido volvieron dos machadianos muy jóvenes, Rodríguez y Sahagún:

Profecías del agua es un libro simbolista porque es un libro de poética social que tiene ánimo de permanencia, como lo fue también *Conjurados*, el volumen coetáneo que escribió Claudio Rodríguez, y lo había sido antes *Don de la ebriedad*. El agua para nuestro escritor significó la inocencia histórica, la alegría responsable de vivir, la ingenua confirmación de la pureza y la oscura certidumbre de la victoria natural sobre lo oscuro, al igual que en el primer libro de Rodríguez la ebriedad titular evocó la superación, la fe, la alegría.

¡Qué subversivos resultan ambos libros cuando se leen a la luz que mutuamente se procuran y que alumbró los años de hierro en que se escribieron! ¡Qué directamente habla Sahagún, de lo que había que hablar cuando asegura “Y os juro que la vida se hallaba con nosotros” en “Aula de química”, uno de los poemas más bellos que ha escrito y al que quizá no sea del todo ajena la huella cordial de Pedro Salinas! El “nosotros” de Sahagún nos implica con la fuerza de una fantástica conjuración juvenil contra lo caduco, cuando somos -o fuimos- “todos puros, todos alegres, como / si se abrieran de pronto las puertas de la patria” (“Agua subterránea”). Claro está que el lector de hoy verá más explícito (y quizá prefiera) el recuerdo de las calles bombardeadas, de la infancia escarnekida o incluso las iniciales “M.H.” (Miguel Hernández) de “El preso”, que no son menos emotivas que aquellas de “P.N.” (Pablo Neruda) en *Las cartas boca abajo* de Celaya y el “B.D.” (Buenaventura Durruti) de *Caminos de mi sangre* de Victoriano Crémer... Importa poco lo que yo pueda decir de una emoción personal ante el enigma desentrañado, a despecho de la censura vigilante: este libro de Enrique Balmaseda ayudará rescatar con subsidios más metódicos una emoción de complicidad que solamente los dómimes sin remedio se atrevieron a expulsar de la poesía.

La de Carlos Sahagún va avanzando lentamente siempre ligada a su experiencia vital. Ese “nosotros” de camaradería presente en *Profecías del agua* se hizo un “nosotros” dual, de simple pareja humana, a la altura de *Como si hubiera muerto un niño*: “Somos dos niños que a la vida echaron”, leemos allí, pero sin que el poeta ceda a la autocompasión excesiva porque (apostrofando a la compañera) “ante todo piensa en esta patria, / en esos hijos que serán un día nuestros: el niño labrador, el niño / estudiante, los niños ciegos”. *Estar contigo* es, a reserva del significativo título compartido, un libro más solitario, más desesperado, y a la vez políticamente más explícito: incluye poemas históricos (“Un manifiesto: febrero 1848”, “Guevara: octubre de 1967”, “Meditación”, “Palabras a César Vallejo” y “Antonio Machado en Segovia”) que son de los mejores de esa poesía histórico-civil española de 1963-1975 que un día convendrá estudiar con más detalle. Si en *Estar contigo* “nos sobra el paisaje ante la maravilla / de un hombre en pie, contra la larga, injusta noche”, *Primer y último oficio fue* -y no solamente por su certero título- un libro de contumacia inevitable y de decep-

ción invasora. Ya ni el Londres revisitado (“¿vivió aquí alguna vez mi juventud?”) ni el paisaje segoviano le devuelven el entusiasmo perdido. Poesía quizá no sea sino “esa tendencia a describir lo ausente, / las situaciones tristes, la nada memorable”. Todo se explica: poemas como “Septiembre 1975”, “Libertad inmediata” y “Para este otoño súbito” componen, sin duda, el mayor y casi único testimonio lírico de la desaparición de Franco (y de la desazón por nuestra impotencia). Su insólita existencia revela indirectamente cierta hipocresía ambiental en la lírica española de aquel entonces y a ese vicio y a esas prácticas sigue ajeno este poeta enfadado y silencioso que no es, evidentemente, el más cómodo de los ciudadanos.

Pero todo eso lo dice mucho mejor que yo el libro de Enrique Balmaseda, tan preciso en los datos biográficos, tan atento a las recurrencias formales y temáticas, tan oportuno al señalar las correspondencias con otros poetas, tan seguro en la interpretación pese a refugiarla en la modestia de la exhaustividad. Hace poco, Balmaseda publicó un libro, *Memoria de la infancia en la poesía española contemporánea* (Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1992), que el lector de este volumen buscará en vano en la bibliografía general que lo cierra: allí, sin embargo, advertirá los rasgos e intereses de una larga y valiosa tarea herméutica que ha llevado hoy a este logrado fruto. A tal poeta, tal estudioso: no siempre puede escribirse esta fase con esa rotundidad.

Zaragoza, junio 1994
JOSÉ-CARLOS MAINER